

«Si tan sólo..»

(Jueces 8)

Después de que los efrateos tomaron los vados del río Jordán, y ejecutaron a Oreb y a Zeeb, los dos líderes madianitas, ellos regresaron donde Gedeón con fuertes críticas. ¿Por qué no los llamó antes de salir a la batalla? Los efrateos habían peleado anteriormente con Aod, y con Barac, pero Gedeón no los consideró aptos para pelear contra los madianitas. Tal vez, se sentían avergonzados. Tal vez, su orgullo estaba herido. Tal vez, sólo estaban llenos de codicia por los tesoros que no tuvieron la oportunidad de tomar. Cualquiera que haya sido la razón, estaban enojados porque se les había excluido de la experiencia militar.

Gedeón demostró habilidades de diplomático en su respuesta a los airados efrateos. Contestándoles con extremada humildad, les preguntó: «¿No es el rebusco de Efraín mejor que la vendimia de Abiezer?» (8.2). Al restar importancia a sus propios logros, y elogiarlos por apresar a Oreb y a Zeeb, el enojo de los soldados excluidos, amainó.

CONTINÚA LA BATALLA

Habiéndose dirimido esta disputa a lo interno de la tribu, Gedeón y sus trescientos soldados emprendieron la captura de los dos reyes madianitas, Zeba y Zalmuna, y del remanente de su otrora poderoso ejército. Después de que los hombres de Gedeón cruzaron el Jordán, llegaron a la ciudad de Sucot. Hambrientos y cansados, les pidieron alimentos a los varones de la ciudad. A pesar de que ya habían sido muertos 120.000 madianitas (8.10), los que quedaban de éstos, todavía aventajaban en número al ejército de Gedeón a razón de 15.000 a 300. Como consecuencia de esto, los varones de Sucot rehusaron satisfacer la petición

de Gedeón, y le dijeron que volviera cuando él y sus hombres hubieran apresado a los dos reyes que perseguían. Gedeón se enfureció por esta respuesta, y los amenazó con que regresaría a «trillar su carne» (8.7). Después de salir de Sucot, probaron a hacer la misma petición a diez kilómetros de allí, en Peniel. Sin embargo, recibieron una respuesta parecida, lo cual provocó que Gedeón amenazara a los de esta ciudad también.

El relato de la batalla final de Gedeón con los madianitas, es conciso, y no suministra muchos detalles concretos del conflicto. Gedeón tomó un sorpresivo giro; abrumó a los desprevenidos madianitas en un ataque fulminante, y «llenó de espanto a todo el ejército» (8.12). Habiendo resuelto el problema de los madianitas, Gedeón regresó después a Sucot, donde castigó a los varones de la ciudad con «espinos y abrojos del desierto» (8.16). Peniel recibió un castigo aun más severo, cuando Gedeón derribó su torre, y mató a los varones de la ciudad.

El único asunto pendiente, de la campaña militar de Gedeón, tuvo que ver con los dos reyes madianitas que había apresado. Parece que en uno de los ataques anteriores, éstos habían matado al hermano de Gedeón. Cuando les preguntó sobre esto, ellos confesaron el asesinato, y Gedeón los sentenció a muerte. Como deseaba humillar a Zeba y a Zalmuna en el momento de su muerte, Gedeón le dio la orden de ejecución a su joven hijo. El muchacho se sintió incapaz de hacerlo, sin embargo, Gedeón «se levantó, y [los] mató» (8.21).

UN FRACASO ESPIRITUAL

La carrera militar de Gedeón acabó siendo un rotundo éxito, pero su cruzada espiritual fue un

completo fracaso. El hecho de que los madianitas hubieran sido, no sólo derrotados, sino también erradicados de la tierra, motivó que los israelitas trataran de hacer de Gedeón su rey. Le dijeron: «Sé nuestro señor, tú, y tu hijo, y tu nieto; pues que nos has librado de mano de Madián» (8.22). Hay que reconocerle que rehusó el ofrecimiento de ellos, y que lo hizo por las razones correctas. «No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará: Jehová señoreará sobre vosotros», les respondió (8.23). No obstante, Gedeón les hizo una petición de funestas consecuencias. Del botín que los varones habían tomado de la guerra, le pidió a cada uno que le diera un zarcillo, lo cual hicieron gustosamente. Este gesto, aparentemente inocente, de gratitud, demostró ser la perdición de Gedeón y de su pueblo. Después de recibir mil setecientos siclos de oro, «Gedeón hizo de ellos un efod, el cual hizo guardar en su ciudad de Ofra; y todo Israel se prostituyó tras de ese efod en aquel lugar; y fue tropezadero a Gedeón y a su casa» (8.27).

Un efod era un chaleco especial que se hacía para los sacerdotes. Es probable que este primoroso y lujosamente engarzado efod de Gedeón, fuera puesto en un pedestal, cual objeto de culto. ¡«Gedeón el derribador de ídolos», se había convertido, sin darse cuenta, en «Gedeón el hacedor de ídolos»! Tal vez el atractivo especial que un efod ejercía en Gedeón, era que lo asociaba con el pectoral del sumo sacerdote (Éxodo 28.2–30). Este accesorio, ricamente engarzado de joyas, del efod del sumo sacerdote, contenía el Urim y el Tumim, los cuales servían como sagrados instrumentos de azar para determinar la voluntad de Dios. ¡Gedeón todavía estaba procurando que Dios le diera señales! Para él, jamás fue suficiente el andar por fe; y su obsesión por conocer el futuro, opacó para siempre su legado.

A pesar del pecado de Gedeón, Israel tuvo reposo durante los siguientes cuarenta años de vida de este juez. La trágica conclusión a la que lleva su historia hizo, sin embargo, que Israel entrara nuevamente en la vorágine descendente.

Pero aconteció que cuando murió Gedeón, los hijos de Israel volvieron a prostituirse yendo tras los baales, y escogieron por dios a Baal-berit. Y no se acordaron los hijos de Israel de Jehová su Dios, que los había librado de todos sus enemigos en derredor (8.33–34).

El culto a Baal está presente al inicio y al final de la carrera de Gedeón. Su primer acto como líder de Israel, consistió en derribar el altar que su padre le había erigido a Baal, y el resultado final de su liderazgo fue una vuelta al culto a Baal. Aparentemente, fue poco lo que cambió, y en ello reside el

enigma de esta historia.

Cuando a Gedeón se le apareció el ángel en el lagar, todo Israel estaba clamando por ser liberado de la opresión de los madianitas. Si alguien hubiera practicado una encuesta en el pueblo en aquel momento, con el fin de descubrir qué era lo primero por lo cual oraban, el ciento por ciento hubiera respondido: «¡Ser liberados de Madián!». Si tan sólo la plaga de la opresión extranjera les fuera quitada, ellos estaban seguros de que iban a vivir una buena vida. Habiendo oído sus ruegos, el Señor usó a Gedeón para arrojar a los madianitas, y darles a los israelitas cuarenta años de reposo. Sin embargo, el resultado final fue que la liberación no les resolvió sus más graves problemas. Los madianitas pudieron haberse ido, pero el culto a Baal todavía existía. ¡Israel todavía tenía un corazón inclinado a la idolatría! La experiencia de ellos constituye una prueba de que *lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.*

La frase «Si tan sólo...», infecta nuestras almas y oscurece nuestra visión. Cuando decimos «Si tan sólo...», estamos queriendo vivir la vida de otros, y no la nuestra. Esta actitud desvía la responsabilidad por nuestros propios actos, y nos convierte en una más de las víctimas de la vida. Es una forma de pensar que puede privarnos de años de nuestras vidas, y no darnos nada sino lamentos. ¿Le suenan conocidas algunas de las siguientes expresiones de «Si tan sólo...»?

«¡Si tan sólo... fuera mayor!». Es una expresión que a menudo usan los niños y los adolescentes que anhelan tener poder para estar al mando de sus propias vidas. Este uso de la expresión ofrece la ilusión de que los adultos son los que están al mando de su propio mundo. «Si tan sólo fuera mayor, podría hacer grandes cosas para Dios». Los adultos recordamos cuando teníamos este anhelo y constatamos que, en realidad, la vida jamás está toda dentro del ámbito que dominamos, y que *lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.*

«¡Si tan sólo... fuera más joven!». Este «Si tan sólo...» es una obsesión en culturas en las que se idolatra la juventud. La juventud ofrece el prospecto de una mayor energía, una mejor salud y menos fracasos. «Si tan sólo fuera más joven, podría hacer grandes cosas para Dios». Los jóvenes pueden echarle una mirada a esta ilusión de simplicidad, y advertirnos de que *lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino*

nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.

«*¡Si tan sólo... estuviera casado!*». El clamor de muchos solteros, este «Si tan sólo...» sólo tiene ojos para los beneficios de la vida del casado: No más soledad, un compañero en el servicio al Señor, no más sensación de «no ser tomado en cuenta» en una iglesia que sólo ministra a casados. «Si tan sólo... estuviera casado, podría hacer grandes cosas para Dios». Los que son casados saben muy bien que su situación presenta sus propias dificultades, y desean decirles a sus amigos solteros que *lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.*

«*¡Si tan sólo... estuviera soltero!*». Ahora el zapato matrimonial está puesto en el otro pie. Hay gente casada que mira con envidia la libertad con que los solteros disponen de su tiempo y dinero para hacer lo que quieren, sin tener que tomar en cuenta las consecuencias de sus acciones en una relación, y todo esto los lleva a pensar: «Si tan sólo... estuviera soltero, podría hacer grandes cosas para Dios». Se imaginan que emprenderían campañas de evangelización y darían más dinero para necesidades especiales, si no tuvieran cónyuge e hijos que tomar en cuenta. Están llenos de la actitud del «Sin tan sólo...». Los solteros, sin embargo, podrían ver que sus hermanos y hermanas casados, sencillamente, han olvidado que la libertad tiene su propio precio. Una vez más: *Lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.*

«*¡Si tan sólo... tuviera hijos!*». Tengo varios amigos que sufren el profundo dolor de no tener niños. El dolor que les produce la cuna vacía, inevitablemente da origen a una dificultad espiritual que a menudo afecta la visión que tienen las personas de su propia utilidad en el reino de Dios. «Si tan sólo tuviera hijos, podría hacer grandes cosas para Dios». Aunque no tienen hijos propios, a quienes puedan abrazar y mimar; hay personas alrededor de ellos, quienes están ansiosas de recibir el amor que puedan darles. *Lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.*

«*¡Si tan sólo... tuviera una mejor educación!*». El hecho de vivir en una ciudad universitaria hace que yo viva rodeado de personas que anhelan una educación. El problema con el aprendizaje, es que entre más conocimiento tiene uno, mayor

conciencia tiene de lo que no conoce. El conocimiento, por su misma naturaleza, no satisface; y a pesar de ello la ilusión de «un título más», es difícil de eludir. «*¡Si tan sólo... tuviera un título más, podría hacer grandes cosas para Dios!*». Los que han ganado precisamente el título que nosotros anhelamos, nos dirían que ello no ha tenido repercusiones significativas en su relación con el Señor. *Lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.*

«*¡Si tan sólo... tuviera un mejor trabajo!*». El trabajo consume una parte tan grande de nuestras vidas, que un trabajo por debajo de lo satisfactorio, podría volvernos desdichados (y causantes de desdicha para otros). «Si tan sólo el jefe fuera más razonable, la labor menos estresante, y la paga más satisfactoria, entonces la vida sería buena», es lo que creemos. «Si tan sólo tuviera un mejor trabajo, podría hacer grandes cosas para Dios». Otros pueden ver que todo el mundo tiene que darle cuentas a alguien, que todo trabajo tiene su forma característica de estrés, y que jamás ganaremos el dinero y el reconocimiento que creemos merecer por el trabajo que hacemos. *Lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.*

«*¡Si tan sólo... tuviera más dinero!*». Siempre habrá buenas obras que nos gustaría hacer, si tuviéramos el dinero para ellas. Con millones de dólares podríamos enviar misioneros, alimentar a los hambrientos, cuidar de los niños abandonados y patrocinar la educación cristiana. «Si tan sólo tuviera más dinero, podría hacer grandes cosas para Dios». Jesús mismo nos recuerda, que a Él le interesa más lo que hacemos con lo poco que tenemos, que la cantidad que tenemos para dar. Es de admirar que seríamos tan nobles con un millón de dólares si lo tuviéramos; pero ¿qué estamos haciendo con la cantidad que sí tenemos? *Lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.*

«*¡Si tan sólo... mi escuela / iglesia / vecindario / cultura / familia, fuera mejor!*». Es obvio que la lista no tiene fin. Lo que importa es que reconozcamos lo que hemos hecho de nuestros «Si tan sólo(s)...». La experiencia de Gedeón nos llama a superar nuestros «Si tan sólo(s)...», y a recordar que *lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.*

LA LEALTAD VS. LAS CIRCUNSTANCIAS

Al final del evangelio de Juan se recoge un encuentro entre Jesús y Pedro, que refleja esta verdad (Juan 21.18–22). Precisamente antes de este encuentro, Jesús había confrontado a Pedro, y le había demostrado que su pecado de negación la noche que Él fue enjuiciado, había sido perdonado. Luego le informó a su penitente seguidor, del sufrimiento y martirio que le esperaban, y le volvió a hacer el llamado que le había hecho a todos los discípulos al comienzo: «¡Sígueme!». Tal vez temeroso de lo que Jesús le había anunciado, Pedro se volvió y, señalando al apóstol Juan, preguntó: «Señor, ¿y qué de éste?».

Juan 21.22

Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú.

¿No le parece esto una manera más de decir: *Lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos?* La salud, los talentos, las oportunidades y problemas que tenía cada discípulo en comparación con los demás, no era lo que a final de cuentas importaba. Lo que importaba era su obediencia al mandamiento: «¡Sígueme!», dondequiera que se encontraran y cualesquiera los problemas que estuvieran enfrentando.

CONCLUSIÓN

En su libro *Standing Tall (Erguidos y con la*

frente alta), Steve Farrar relata la historia de un ex combatiente que se vio involucrado en un extraordinario evento, cuando servía como aviador en la Segunda Guerra Mundial. Durante una misión, su B-17, fue alcanzado por fuego antiaéreo nazi. El tanque de combustible fue perforado; pero, milagrosamente, no hizo explosión. La tripulación terminó el vuelo y regresaron a salvo a la base. A la mañana siguiente, el jefe de la tripulación fue a los mecánicos y les pidió un recuerdo de su increíble «suerte». Le dijeron que los tanques de combustible habían sido alcanzados no por uno, sino ¡por once proyectiles! Once proyectiles habían alcanzado su avión y ni uno solo explotó. Cuando los examinaron, se descubrió que la mayoría de ellos estaban vacíos, como si alguien se hubiera olvidado de llenarlos con explosivos. Luego, dentro de uno de los proyectiles, hallaron una nota escrita en checo. Cuando encontraron a alguien de la base que podía leer ese idioma, se enteraron de lo que los garabatos de la nota decían: «Esto es todo lo que ahora podemos hacer por ustedes». ¹No podemos imaginar las terribles condiciones en las que los escritores de la nota se encontraban. Lo que sí sabemos acerca de ellos es que: Hacían lo que podían, recordándonos que *lo más importante en la vida, no lo constituyen las circunstancias en que vivimos, sino nuestra lealtad a Dios en cualesquiera circunstancias que nos encontremos.* ■

¹ Steve Farrar, *Standing Tall (Erguidos y con la frente alta)* (Sisters, Ore.: Multnomah, 1994), 159.

©Copyright 2001, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados